

La nación montañesa en la nueva España: retratos de la sociedad colonial

Julio J. Polo Sánchez
Universidad de Cantabria

La nación vasca entre el cantábrico y América

José A. Barrio Loza
Universidad de Deusto

dencia la contradicción esencial en que la raza humana se ha debatido entre algunos “principios morales” subjetivos y una verdadera moral consciente. De allí a la hipocresía no hay ni siquiera un paso. Se termina por no tener sentido del ridículo ni de la muerte.

Afinando las posibles definiciones, Julio Polo estrecha aún más la óptica sobre los representantes españoles en la Nueva España (México), circunscribiendo su estudio exclusivamente a los montañeses, distinguiéndolos de los vizcaínos. Señala que aquéllos tenían un sentimiento de pertenencia a un “partido” o “nación” mucho más fuerte que cualquier otro grupo por haberse considerado siempre como los que dieron origen a la nobleza española. Apoya su trabajo también en los retratos, haciendo una enumeración y descripción pormenorizadas de los cuadros, autores, figuras representadas, épocas, cargos, títulos de los montañeses que se imbricaron en el poder y llegaron a descollar por las funciones que cumplieron en la época colonial. Entre ellos tres virreyes, intendentes y gobernadores, obispos, militares, títulos nobiliarios, hidalgos blasonados, burgueses enriquecidos. Resulta un buen catálogo y da idea del tremendo poder que llegaron a detentar los cántabros en la sociedad colonial mexicana en el desarrollo de sus actividades, desde la ocupación de los más altos cargos de la administración borbónica, en la iglesia, la milicia, la industria y el comercio. No deja de ser una ironía que en algún momento del dilatado imperio chino, se consideró a los comerciantes (a pesar de su poder económico) como una casta inferior, por debajo de artesanos y campesinos.

Circunscrito a la región vasca, exceptuando Álava, y a los siglos XVII y XVIII, el autor acota también que su estudio sobre el mecenazgo indiano relativo a los vascos se dedicará, dentro de lo artístico, más que todo a la arquitectura, edificaciones y muebles construidos en la región vasca (palacios, iglesias, retablos) y objetos de arte (pinturas, plata labrada), realizados mediante las donaciones provenientes de ultramar. Como ejemplo valga el caso de “una villa vizcaína de carácter monumental: Elorrio, cuajada de palacios renacentistas y barrocos, rico catálogo que, según Otálora, a comienzos del siglo XVII era un paisaje construido por la iniciativa indiana.” También en Bergara, de los nueve palacios construidos en el siglo XVII, cuatro lo fueron por indianos regresados ricos al pueblo. Los aportes son individuales o colectivos (casa Guipuzcoana, por ejemplo, u otras corporaciones) e iban para la construcción de obras civiles, particulares, religiosas, etc., con lo cual no sólo se modificó el paisaje sino que se elevó la calidad de vida, empobrecida por la crisis económica dejada por los últimos años del reinado de Felipe II, y se dio trabajo a una gran mano de obra que involucraba obreros, artesanos y artistas. Ejemplo la iglesia y convento de Santa Clara construidos entre 1663 y 1675 en Balmaseda, financiada por Juan de la Piedra y Balmaseda, enriquecido en Sevilla y Panamá. Ya en el siglo XVIII sobresale la construcción de Santa María de San Sebastián realizada con las donaciones de la casa Guipuzcoana de Caracas. Pero son muchas más las obras que engalanaron al país vasco con el dinero procedente de América.

Es necesario para tener una visión más amplia, leer el artículo de Barrio Loza, el cual está acompañado de fotos de algunas edificaciones que hablan por sí mismas. Esta historia pormenorizada es sorprendente.